

LOS POEMAS DE MASSACHUSETTS de Alberto Infante

Rafael Soler

Narrador de prosa bien ceñida sus relatos publicados, novelista con su primer título *Bajo el agua* camino ya del escaparate de novedades en las librerías, Alberto Infante es, ante todo, poeta de una pieza. Y en esa condición nos convoca hoy para escucharle. Así que seré razonablemente breve, agradeciendo a nuestro editor y buen amigo Pablo Méndez su invitación a participar en este acto.

Si convenimos que un poeta es, ante todo su mirada, y con ella su personal manera de percibir cuanto acontece en su entorno y en su corazón, podemos afirmar que Alberto Infante es un poeta dotado de una gran sensibilidad, honesto, que sale al encuentro de la vida por derecho y sin más equipaje que una libreta, como afirma él mismo en el poema *Sostenido destello en busca de algo*, epílogo del libro *LOS POEMAS DE MASSACHUSETTS* que hoy presentamos:

Basta con tener una libreta y un rato libre. Uno anota lo que percibe cuando pone atención, es decir, hay que poner atención...

Desde luego, y a la vista de sus anteriores poemarios *LA SAL DE LA VIDA* y *DIARIO DE RUTA*, publicados en 2004 y 2006 respectivamente en Ediciones Vitruvio, donde ahora venturosamente reincide, Alberto Infante ha ido en estos años por la vida con la mirada atenta, la inspiración a flor de piel y el cuaderno en el bolsillo del tabaco, que en el caso de un no fumador empedernido como Alberto son todos

los demás. Tiempo ha tenido el poeta en estos años para madurar sin prisa ni desmayo, para escucharse, para crecer y ser mejor. Y ahora nos lo cuenta en *LOS POEMAS DE MASSACHUSSETS*, libro que abre con una jugosa “Oración”, concluye con un largo “Epílogo” del que hablaremos luego, y nos ofrece cuarenta y dos poemas más, organizados en cuatro partes con los títulos de “Retrato en sepia”, “No hay Godot en Beckett”, “Siempre están”, y “Los poemas de Massachussets” que da título al libro.

Ya en el poema “Más que madurez”, de un libro anterior, hacía el autor una confesión reveladora al proclamar:

Pero es tan placentero desprenderse del lastre / cargar por fin con lo de otros.../ Y fluye la existencia sin amarras, / fluyendo simplemente /.../ Así la noche se abre, se prolonga. / Y me llamo y no me peso, / y me defino más por el hacer que por el ser.

Esta llamada a la acción, que implica en gran medida ser lo que has hecho y lo que haces, impregna toda la poética del autor, que sale al encuentro de la vida sin buscar ni pedir nada, y precisamente por ello encuentra lo que no busca. Y ésa es la esencia de un viaje: dejar atrás cualquier frontera saliendo al encuentro de ti mismo, en la convicción de que en algún sitio te esperas, y te encontrarás para volver mejor. ¿Y qué es la vida sino un viaje siempre inacabado? Regresa ahora Alberto Infante cuatro años después: madura el hombre, crece el poeta.

Viajero comprometido, cercano siempre a sus semejantes, nada le es ajeno al autor, y todo cuanto le interesa encuentra aquí cabida, en un provisional fin de trayecto, porque el siguiente periplo comenzó, sin él saberlo, en el mismo instante en que dio por terminado el manuscrito. La

vida se escribe sola y a su aire todos los días, y esa es la condena del poeta, y ahí reside también su grandeza, en ese inevitable papel de notario voluntarioso y clandestino.

Les invito a una lectura sosegada del libro, cuando encuentren la ocasión. Encontrarán en RETRATO EN SEPIA una serena despedida a la juventud y sus aristas, tiempo pasado en que sobraba casi todo, y nada tenía el autor más que una vida por delante :

es decir, en el verano del 69 teníamos 20

y no éramos lo que se dice

del todo felices.

Después he vuelto a París muchas veces

y tampoco he sido del todo feliz,

pero ninguna infelicidad

ha podido comparársele.

En NO HAY GODOT EN BECKETT el poeta cambia de registro, y su voz se vuelve irónica y transgresora para hablarnos, sí, de ése Godot que nunca vendrá, de una ronda de borrachos, del amor fallido, porque *alguien tiene que atreverse a amar*, de un ensayo general para la muerte, de la fragilidad y los tacones de aguja...temas como verán absolutamente menores y definitivos ante los cuales adopta Alberto una actitud que bien resume su poema titulado *Vida*:

Hasta el borde,

siempre hasta el puro borde.

Como el mar ahí,

como la semilla en nadie.

Llegamos así a la tercera parte, SIEMPRE ESTÁN, homenaje del autor a sus poetas de cabecera, re leídos y admirados: once maestros, desde el irrepetible Vallejo a Montale pasando por René Char y Vicente Aleixandre; y once poemas, cada uno en su estela, y todos diferentes, deliberadamente cercanos al estilo de cada autor, en un arriesgado ejercicio del que sale Alberto Infante indemne y con nota. Citar es omitir, pero, sin demérito del resto, cito aquí *Tampoco tú*, dedicado a Vallejo, que ignoro si está en el grupo de los elegidos para la lectura de hoy, y que me gustaría que escucharan.

LOS POEMAS DE MASSACHUSETTS, la cuarta y última parte, es la narración de un viaje muy querido para el autor por su profunda carga literaria con Edgar Melville y Emily Dickinson al fondo, y por la estremecedora belleza del paisaje. Buen conversador – yo diría que apasionado, arrollador tertuliano allí donde le pongan – Alberto tiene con razón en Massachusetts un vivero inagotable de experiencias y sensaciones. Hagan la prueba con un café y tiempo por medio: pronuncien la palabra Massachusetts, observen el pistoletazo de salida

en los ojos brillantes de Alberto y déjense llevar por sus historias, que hilvanará sin desmayo, siempre interesantes, siempre insólitas.

Concluye el libro con un EPÍLOGO que es, al mismo tiempo, un anticipo en estilo y contenido de las nuevas inquietudes del autor, su nueva deriva seriamente trazada cuando dice:

Caminar aprisa, negar con la cabeza, no volver la vista atrás: he ahí toda una / declaración de principios basada en principios. / Spinoza escribió sobre esto. Sólo que él no huyó aunque lo persiguieron sin tregua/ Sabía mirar.

El arte, cualquier arte, siempre inaugura un universo nuevo, intensificando la realidad, dándole sentido y forma. La poesía no es ajena a este fenómeno que libera al poeta de sus obsesiones, para que así pueda compartirlas con quienes se asoman a sus versos. Un poema con vocación de perdurar debe tener respiración propia, y contener los silencios que el lector demanda, para que todo esté dicho y casi todo quede por decir. Sólo así podremos volver conmovidos a su lectura, encontrando cada vez un significado nuevo, un matiz que pasó inadvertido, un paisaje siempre igual y diferente, porque el poema destinado a perdurar, el poema que da sentido al sufrimiento y al gozo del poeta se escribe siempre de nuevo con los ojos y el corazón del lector, de cada lector, y crece con ellos, y sólo cuando el lector lo hace suyo el poema se salva para siempre, y con él su autor. La poesía busca siempre nombrar lo inefable, asomarse a la vida y sus interrupciones, ordenar el caos y provocarlo, hacer accesible al corazón del otro ese misterio, esa luz escondida, ese temblor perdurable y contagioso que

llevamos dentro. Todos ustedes, aquí, ahora, pueden ser felizmente atropellados por un verso, recuperando de golpe cuanto les robó la vida. Sin poesía, nuestro mundo duraría diez minutos que no merecerían ese nombre. Tenemos ahora algunos más. Escuchemos, pues, al poeta que hoy nos convoca para darnos cuanto tiene: su mirada y su palabra, aunque la palabra sea, como dice en su poema *The Common*, un plano inclinado.

Muchas gracias.

Madrid, 7 de octubre 2010